

Personalidad

SUEÑOS:

TREMENDO ALDABONAZO

ENSAYÉ volver al sueño reparador, tanto más necesario cuanto que el discurso leonino de don Alfonso me produjo un fuerte sacudimiento; pero no logré conciliarlo completamente a pesar de haber creído que el comentario que hice de él había calmado mi conmoción. En efecto, a más de seguir rumiándolo involuntariamente, hasta mi somnolencia comenzaron a llegar las voces públicas, todas ellas acordes en que el discurso de marras representaba un cambio señalado, que alguna explicación debía tener.

Sólo una voz --la más opaca y distante-- exhaló una teoría: el discurso tapatío de don Lázaro no representaba tan sólo una queja explícita sobre la reforma agraria, sino la implícita de que el viejo y fiero espíritu revolucionario se hacía diariamente más angelical. Debía ponerse, pues, al PRI, aunque fuera con brusquedad, a la izquierda, robándole de paso a mi General la publicidad que podría haber atraído su declaración sin ese sensacional correctivo.

EN ESAS estaba cuando me despertó un tremendo aldabonazo: días antes del discurso alfonsino, don Augusto se había explayado al declarar que los secretarios de estado que sonaban como candidatos

presidenciales le parecían igualmente buenos porque son "una garantía de continuidad", porque ninguno de ellos "tiene posibilidades de desviación", pues a fuerza seguirán "los mismos caminos en su marcha continuada, que se ha hecho una tradición y una forma de ser", ya que "el país funciona como un gigantesco engranaje perfecto".

Así, a don Augusto lo pescó el discurso de don Alfonso con los dedos en la puerta. Por eso pidió una explicación, que don Alfonso dio, y que un detector soviético ultrasensible plantado discretísimamente en las oficinas de don Alfonso recogió para la posteridad. He aquí la explicación grabada de don Alfonso. (No me pida el lector --;se lo ruego!-- que le cuente cómo llegó a mis manos la cinta magnetofónica.)

MI QUERIDO Augusto: tú fuiste alumno distinguido de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales; mínimo, mínimo, allí adquiriste algunas nociones de politología, sociología, economía e historia nacional. Si las recuerdas todavía, y si te das un tiempecillo para reflexionar, concluirás que tales nociones son absolutamente incompatibles con tu pensamiento de una sociedad que, diciéndose revolucionaria, vive aherrojada dentro de una continuidad, metida en una tradición o "una forma de ser". Y no digamos el desatino de definir la sociedad mexicana como un "engranaje" (gigantesco o minúsculo, igual da), o sea una rueda dentada que forma parte de la maquinaria (¿cuál, la del capitalismo internacional, por ejemplo?), y menos declarar que esa sociedad, reducida a rueda dentada, es "perfecta", porque esto significa "el mayor grado posible de excelencia".

Me atrevería, Augusto, a sugerirte que en alguna forma te las

arregles para leer las corresponsalías de las grandes publicaciones extranjeras del año último, para repasar los libros más recientes de los observadores de otros países sobre el nuestro, y para regresar por unos días a tu escuela, charlar con tus antiguos maestros y sobre todo con los actuales estudiantes.

DE ESTE ESFUERZO sacarás una opinión unánime, sin discrepancia siquiera en los matices. Es ésta: México, que se adelantó a todos los países del mundo a reorganizarse modernamente con su revolución de 1910; México, que llevado de ese impulso renovador ha progresado asombrosamente; ese México ha venido perdiendo desde hace años el primitivo vigor del cambio, hasta hallarse hoy con un único problema: o se embarca en una segunda etapa de cambios previsoros, inteligentes, cuidadosamente buscados y conseguidos, o, adormecido en sus pasadas glorias, un día se los impone el vendaval revolucionario. Y nada de sobresaltos: ése ha sido el diagnóstico hecho para toda la América Latina, en la cual se encuentra ya la confirmación que da, en un extremo Cuba, y en el otro, los movimientos retrógrados de Brasil y Argentina. En el medio están los presidentes Frei y Lleras Restrepo, acongojados al ver que sus países no avanzan con suficiente prisa. Y está también Perú, cuyos milites buscan la popularidad que sólo dan las grandes reformas económicas y sociales.

Ve aquí, en mi biblioteca, los títulos de algunos libros recientes sobre nuestra América: Las revoluciones nacionalistas en la América Latina; La política de cambio en la América Latina; El cambio social en la América Latina; El cambio político en la América Latina; Armas y política en la América Latina; Vientos revolucionarios en la América Latina; Evolución o caos en la Amé-

rica Latina; La América Latina: ¿evolución o explosión? etc., etc. Nada, absolutamente nada de tradición, de continuidad, de forma de ser, y menos de engranajes perfectos. Lo que le preocupa a la gente sensible y sincera es el cambio o el caos, la evolución o la revolución.

SI ÉSA es la situación --y no te quepa la menor duda de que así es--, ¿cuál debiera ser tu preferencia? La del candidato que admita que el país debe salir ya de esa continuidad, de esa tradición, de esa forma de no ser, que tu pregonas. Agrégale una consideración que jamás debiera faltar en tus pronunciamientos públicos: tú representas a millones y millones de campesinos y ejidatarios, es decir, al sector cuya suerte se propuso mejorar la Revolución desde la primera disposición agraria de 1916⁵. Si durante los 54 años transcurridos desde entonces esa suerte no ha mejorado palpablemente, ¿es posible recomendar que sigamos viviendo dentro de esa continuidad, dentro de esa tradición, dentro de esa forma de ser probadamente infecundos? Finalmente, ¿crees por ventura que nuestro General nos va a ganar ésta o cualquiera otra partida?

HASTA AQUÍ el texto entregado por la cinta magnetofónica, al cual apenas cabe agregar que don Alfonso no reconvénía a la persona de don Augusto, por la que siente sincera amistad, sino que sometía sus reflexiones al Secretario General de la Confederación Nacional Campesina, quien, habiendo tomado debida nota de ellas, nos dirá pronto su nuevo parecer.